

Rafael Chaveste  
Navarrete\*

A N T R O P O L O G Í A

# La música y su importancia en la fiesta patronal del Señor de las Cinco Llagas, Cuaxuchpa, Sierra Negra de Puebla



**D**urante mi estancia en el Proyecto de Investigación Formativa “Sociedad y Naturaleza”, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH, surgió mi interés hacia el papel que tiene la música en lo que concierne a las fiestas religiosas de los pueblos originarios de México. De esta manera, y guiado por el gusto que tengo hacia este fenómeno cultural y la cultura nahua, les presento a manera de relato parte del trabajo que he realizado en torno a la música y su importancia en la fiesta patronal del Señor de las Cinco Llagas, celebrada el cuarto viernes posterior al Miércoles de Ceniza (18 de marzo de 2010) en Cuaxuchpa, comunidad nahua de la Sierra Negra de Puebla.

Para comenzar es preciso resaltar que la música es una expresión cultural que sin lugar a dudas ha acompañado al hombre a lo largo de su devenir por el tiempo, siendo en un principio el resultado de la relación del hombre con la naturaleza, donde el primero —al tratar de comprender su entorno— utilizó diversos elementos naturales —rocas, huesos, madera, así como el sonido de sus extremidades corporales— para crear ritmos y sonidos, que con el paso del tiempo fueron adquiriendo características y funciones más complejas.

En nuestra sociedad, la música y la manera de comprenderla dista de la forma en que lo hicieron las primeras sociedades humanas mesoamericanas, y en concreto los nahuas del Altiplano Central en el siglo XVI: para ellos la música pudo haber tenido en el contexto religioso la función de crear un puente entre el hombre y la divinidad, la cual se manifestaba en los fenómenos naturales; en el pensamiento de los nahuas de aquella área geográfica y cultural fue una forma en que el hombre se relacionó con el

\* Pasante de la carrera de Etnohistoria en la ENAH-INAH.

tiempo-espacio de los seres divinos. En nuestros días la música sigue siendo parte fundamental en las fiestas católicas que realizan los nahuas de Cuaxuchpa.

Cuaxuchpa, comunidad nahua localizada en la Sierra Negra de Puebla, perteneciente al municipio de San Sebastián Tlacotepec, ubicado en el extremo sureste del estado de Puebla —colinda al norte con Veracruz, al sur con Oaxaca, y al este con ambos estados—. Cuaxuchpa tiene una altitud de 580 msnm y su clima subtropical, cálido húmedo con abundante lluvia en verano que permite el crecimiento de abundante vegetación silvestre y cultivada, la vegetación del lugar pertenece a la selva alta perennifolia. La fauna es variada y extensa, pues comprende venados, jabalíes, nutrias, tlacuaches y diversas aves.



Fotografía 1. Centro de San Sebastián Tlacotepec (foto del autor, 2010).

En el trayecto hacia Cuaxuchpa, partiendo del Distrito Federal a Córdoba y de ahí a la Sierra Negra, me percaté de que mientras más me adentro a la serranía el camino de asfalto se convierte en camino de terracería, y el paisaje deja de ser un lugar seco para transformarse en un mosaico de diferentes tonalidades. La gente, que desde afuera observa el camión con asientos rotos e incómodos, pero con buen motor para aquellos caminos, muestra interés por ver quién viaja en aquel transporte. A pesar del aislamiento y pobreza del que soy testigo, viven un proceso acelerado de cambio de costumbres y hábitos culturales, los cuales se observan tanto en la forma de vestir como en las pocas tiendas que uno alcanza a observar, anunciando refrescos de cola y a un costado de ellas máquinas que por cinco

pesos les permiten escuchar, dentro de un repertorio de mil canciones, tres canciones que en general son las que se escuchan en cualquier ciudad, con la diferencia de que entre los escuchas hay nahuas, popolocas, mazatecos y mestizos.

Después de casi cuatro horas y media de viaje partiendo de Córdoba, Veracruz, el camión atraviesa un estrecho puente sobre el río Coyalapa, para continuar sobre una carretera que se asfaltó no hace más de cinco años. Los últimos diez minutos de mi viaje en ruedas, para después continuar a pie una hora hacia Cuaxuchpa.



Fotografía 2. Camino a Cuaxuchpa (fotografía de Mateos, 2010).



Fotografía 3. Río Coyalapa (foto del autor, 2010).

Una vez que llego a mi destino, los coaxochconeme (hijos de Cuaxuchpa), como ellos mismos se denominan, me saludan y muestran interés por mi llegada. Me dirijo a la tienda de doña Alberta, una señora de 52 años que, después de saludarme con una emoción controlada, me pregunta cómo estuvo el camino y que si estoy listo para la fiesta del Santo Patrono, para la fiesta del Señor

de las Cinco Llagas. Mientras descanso del largo viaje doña Alberta me platica un poco acerca de la importancia que la fiesta patronal tiene para los Coaxochconeme, ella me dice:

Qué bueno que has venido a festejar a Nuestro Señor junto con nosotros, ya más tarde vienen los músicos, ellos no son de aquí, ellos vienen de Tehuacán y van a venir a cantarle las mañanitas al Santo Patrón. La fiesta es mañana, pero le cantarán en la noche las mañanitas para que vea que no nos olvidamos de él, él está molesto por las envidias de nosotros, pero pues por eso le traemos música.

Mientras escucho las palabras de doña Alberta me viene a la mente lo que el franciscano Gerónimo de Mendieta en el siglo XVI recopila en su obra respecto a la música, su origen y su función:

Dicen que el devoto de Tezcatlipoca, perseverando en esta su devoción, llegó a la costa del mar, donde le apareció en tres maneras o figuras, y le llamó y dijo: “Ven acá, fulano, pues eras tan mi amigo, quiero que vayas a la casa del sol y traigas de allá cantores y instrumentos para que me hagas fiesta [...] Pues hecha la dicha puente, y dándole un cantar que fuese diciendo, entendiéndole el sol, avisó a su gente y criados que no le respondiesen al canto... Y así aconteció que algunos de ellos, pareciéndoles meliflúo el canto, le respondieron, a los cuales trajo con el atabal que llaman ueuetl y con el tepunaztlí [...].<sup>1</sup>

Terminada la plática, me dirijo a casa de mis amigos y principales informantes, ellos son una pareja joven originarios de Cuaxuchpa, que desde mis primeras visitas a la comunidad me brindaron su techo y amistad más allá de un simple gesto amable siempre, mostrándose comprometidos y solidarios. Después de una amena plática, Germán, el joven padre y jefe del hogar, me comenta, como lo hizo doña Alberta: que ya no tardan los músicos, pero él no irá a cantarle las mañanitas por-



Fotografía 4. Escena de la fiesta patronal.

que está cansado y al día siguiente tiene que ir a sembrar, pero que yo vaya, que la puerta estará abierta para mi regreso. Mientras descanso, y los sonidos de la noche nos acompañan, espero la hora para ir a la iglesia del centro, donde se celebrará la fiesta, Germán aprovecha y me platica:

Mi padre, que en paz descansa, un día fue a cortar leña, escuchó golpes como si cortaran madera, siguió caminando y más adelante vio a un señor arriba de un árbol el cual le pidió que le pasara su tambor y que si le hacía el favor él se lo regresaría y le cortaría la leña por él, le pasó el tambor con fuego con una rama seca y al dársela el hombre del árbol le dijo que qué leña y que se fuera lejos porque iba a tronar. Mi padre se escondió debajo de una piedra y se cubrió con hojas y cuando pasó el trueno salió y al regresar vio leña, si mi padre no le hubiera pasado su tambor con una rama se iba a quemar o se lo iba a llevar.

Escuchar este relato de Germán, me hace dar cuenta nuevamente cómo el pensamiento de los antiguos nahuas sigue presente en los habitantes de Cuaxuchpa, y que a pesar del choque entre las dos culturas, la mesoamericana y la ibérica, la forma como entienden el cosmos sigue manteniendo elementos y características que, pese al contacto con la religión católica, continúan vigentes en la vida cotidiana de los coaxochconeme.

<sup>1</sup> Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, México, Salvador Chávez Hayhot, 1945, p. 86.

Estando en esto demandaba a la fantasma que le hiciese alguna merced, o le pedía alguna riqueza, o le pedía esfuerzo y valentía para cautivar en la guerra a muchos, y algunos dábanlos esto que pedían y a otros no les daba lo que pedían, sino lo contrario, que era pobreza y miseria y malaventura; y así decían que en su mano estaba *Tezcatlipoca* dar cualquier cosa que quisiese, adversa o próspera.<sup>2</sup>

Eran las 12:15 de la noche, se escuchaban truenos a los lejos y me dirigí con mi linterna hacia la iglesia, al llegar vi mucha gente en el jardín que la rodea. Todos esperaban a que los topiles abrieran las puertas. En el lugar podía sentirse un ambiente profundamente melancólico, en medio de la oscuridad de la noche sólo se podían escuchar algunos susurros de la gente, que esperaba el momento para cantar las plegarias al Santo Patrono. De pronto el sonido de un motor hizo que la gente se apresurara hacia un costado del camino de terracería, llegó una camioneta y de ella bajaron cuatro músicos que cargaban dos trompetas, una tuba y un tambor, y al mismo tiempo prendieron el copal y las veladoras que alumbraban el camino hacia la casa de don Honorato, donde descansaba el Señor de las Cinco Llagas.

Al llegar a la casa en donde reposaba la imagen, los cuetes y los rezos no se hicieron esperar; me ofrecieron un vaso de café y un bolillo, los cuales disfruté junto con aquel momento en que el Santo Patrono y los fieles interactuaban dentro del mismo tiempo-espacio. Si bien la divinidad estaba presente en toda época del año, era en ese preciso momento en que la relación era más estrecha, la fiesta había comenzado, ahí comprendí el verdadero significado de ella, del “rito, la vuelta del otro tiempo, el retorno de las fuerzas que vivifican al mundo”.<sup>3</sup>

Después de un rato la gente, junto con su Santo Patrón, regresaba a la iglesia, cantos en náhuatl o mexicano, como los coaxochconeme lo llaman, y melodías

<sup>2</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1982, p. 272.

<sup>3</sup> Alfredo López Austin, “El otro espacio”, en *Los mitos del tlaucache: caminos de la mitología mesoamericana*, México, UNAM, 1996, p. 73.

en tonos menores acompañaban la procesión. Al llegar a las puertas de la iglesia entraron los fieles, después de que lo hiciera el Señor de las Cinco Llagas, y entonces comenzaron las mañanitas.

Después de ir a descansar un poco, decidí ir a visitar a doña Leónides, madre de Germán, la cual vivía sólo a dos cabañas de su hijo. Ella es una mujer de 75 años, quien podría darme información interesante en cuanto a la música. Llegué a su casa y me recibió con gusto, me ofreció una taza de café (cabe señalar que en Cuaxuchpa la mayoría de las personas siembran café para consumo propio en estos días, en otro tiempo lo vendían), comida y tortillas. Mientras comíamos, doña Leónides me preguntó que cómo me había parecido la procesión, “antes no había trompetas, era pura marimba y teponaztli”. Entre otras cosas me comentó que:

Mi madre me contó que un día vinieron unos músicos, los habían contratado del cerro, quien sabe quien pero para allá arriba fueron, subieron al *Covatepetl* y ahí se perdieron, mucha gente se ha perdido, el cerro se los traga, unos logran salir pero otros no y es que ven oro en las entradas del cerro, el cerro los engaña, a veces se escucha música en el cerro hasta arriba, yo los he escuchado.



Fotografía 5. Covatepetl. Vista Lomas (foto del autor, 2010).

Escuchar lo que me decía doña Leónides fue muy interesante, me ofreció más café y seguimos platicando, cuando de pronto se escucharon truenos y al respecto ella me dijo: “Cuando truena es porque San Miguel toca un tambor con su espada, por eso truena y llueve, por su espada. Has visto como está el Covatepetl, partido a la

mitad, era una serpiente grande y San Miguel la mató con su espada que trae, pero eso fue cuando los antiguos, ahora es un cerro pero antes era una serpiente y pues como había gente, San Miguel la partió en dos”.



Fotografía 6. Covatepetl. Tlacotepec (foto del autor, 2010)

Eran las cuatro de la tarde y los topiles hacían sonar las campanas y caparachos de tortuga, para que la gente supiera que ya iba a empezar la misa y debían asistir. Las campanas repicaban, la banda de música hacía sonar sus instrumentos y los cuetes tronaban en el cielo, la gente asistía con más ánimo, el ambiente de solemnidad de la noche anterior ya había pasado: para celebrar al Santo Patrono vinieron representantes de diversas comunidades de la Sierra Negra, llegaron de Mirador, Villa del Río, Mazateopan, Tepetla, Tlacotepec, Paso Azihuatl y Buenavista, todos con sus estandartes.

Después de la misa se colocaron los representantes afuera de la iglesia para la procesión, los músicos afinaban y la gente se preparaba, pero vino un fuerte aire, movía los estandartes y la gente se tapaba la cara, los arcos de tepexilote que adornaban la entrada de la iglesia parecían caer; tardó unos minutos en calmarse el viento y que la gente conti-

nuara con el ritual, en eso se acerca doña Alberta y me dice: “es que el Señor está enojado, hay muchas envías”.

“Para los nahuas del siglo XVI existía el tiempo-espacio original y ajeno, anecúmeno, donde habitaban los seres divinos, las fuerzas, los muertos; y el tiempo-espacio causado, propio, ecúmeno, el mundo creado por los dioses y habitado por las criaturas: los hombres, los animales, las plantas, los astros”,<sup>4</sup> los cuales estaban en constante relación.

El ritual, como forma de reproducir y mantener el orden del cosmos, fue una manera en que el hombre se relacionó con el tiempo-espacio de las divinidades; la música fue uno de los medios por el que, a través de los sonidos, aquellos dos mundos llegaban a relacionarse de una forma más íntima, se creaba una estrecha relación entre el mundo de los dioses con el mundo de los hombres. En nuestros días, y resistiendo al tiempo, los nahuas de Cuaxuchpa mantienen vivas muchas creencias en cuanto a su forma de entender e interactuar en el universo y relacionarse con su divinidad, ya no usan silbatos ni teponaztli, usan trompetas y campanas, ya no es el huehuetl de la casa del Sol, es la espada de San Miguel que toca su tambor.

<sup>4</sup> Alfredo López Austin, “Los mexicas ante el cosmos”, en *Arqueología Mexicana*, núm. 91, 2008, pp. 24-35.



Fotografía 7. Participación comunitaria en la fiesta patronal.